

LIBRO QUINTO

1819-1828

Tómame tal como soy.

Divisa de los Ely.

ODA PRIMERA

PRIMER SUSPIRO

Es que encontré miradas cuya llama
al compás de las mías parecía
que moría ó brillaba,
y aquella alma, hermana de la mía,
¡ay! á quien yo esperaba
para sufrir y amar...

EMILE DESCHAMPS.

¡Oh dulce amiga mía! Sé dichosa;
saluda en paz la vida,
goza de la ventura más hermosa
en el revuelto río de los tiempos
muellemente adormida,
y á la onda pura deja
seguir por el camino en que se aleja.

Disipa todo miedo;
la suerte te sonríe todavía;
no puede hacer el cielo que suceda
á tu sonriente aurora un triste día;
á cuanto por ti pido el cielo acceda;
el porvenir común, triste ó riente,

tan sólo ha de pesar sobre mi mente.
 Muy pronto puedes serme arrebatada;
 tal vez mañana, viéndote alejada,
 iré languideciendo...
 ¡De qué manera, ay, en torno mío
 es todo ya fatal, triste y sombrío!
 ¡Yo, que debía amarte, debo huirte!

Después, sobre mi frente,
 que caiga la desgracia nuevamente.
 ¡Ay! será necesario
 que á la ausencia sucumba
 un sentimiento dulce y temerario...
 Tú me vas á olvidar en los placeres,
 mas yo aún pensaré en ti desde la tumba.

Si, moriré; de luto está mi lira,
 ya su voz no suspira.
 Voy á extinguirme joven
 y de mí dejaré poca memoria;
 mas moriré sin miedo,
 pues frente á frente contemplé la gloria.

Yo puedo ver de cerca mi sepulcro...
 ¡Su aspecto no me pasma!
 El Eliseo inmortal está cercano
 á su mansión funesta,
 y la gloria y la muerte, de la mano,
 no son más que un fantasma
 con el traje de luto ó de una fiesta.

¡Oh dulce amiga mía! Sé dichosa;
 saluda en paz la vida,
 goza de la ventura más hermosa
 en el revuelto río de los tiempos
 muellemente adormida,

y á la onda pura deja
 seguir por el camino en que se aleja!

Diciembre, 1819.

ODA SEGUNDA

AÑORANZA

Se ha visto algunas veces
 (como para hacer ver que de la dicha
 dura aún el poder entre nosotros)
 por encima los llanos de este mundo
 elevarse dos almas,
 siendo para entre sí vida fecunda,
 fuertes para sentir con igual fuego;
 que como un solo ser viven, cual mezcla
 íntima y pura, y en su vuelo iguales
 á las alas de un ángel, ó que, como
 los gemelos radiantes de las noches,
 los cielos iluminan
 con fraternal fulgor. Si su ardor mutuo
 separa el hombre, entonces, fiel y rápida
 á cada una vese, separando
 la espesura, á través del universo,
 que hacia su hermana vuela.

ALFREDO DE VIGNY.—*Helena.*

Sí, ha pasado la dicha
 en mi vida muy presto!
 Se la sigue; en sus brazos
 uno se entrega al sueño;

y, como aquella virgen
arrebataada á Creta,
al despertar, más tarde,
solitario se encuentra.

Se la busca de lejos
en el porvenir ciego de la vida
y se le grita: —¡Oh, vuelve,
compañera querida de mis días!

Y el placer deseado
acude nuevamente;
mas sin llenar la ausencia
de aquel placer al que se llora siempre.

Yo, si el impuro goce me ofreciera
su vana llama, le diría: —«¡Vete!
¡Aparta de mi lado
y respeta mi suerte!

»Ha dejado la dicha
la añoranza en mi pecho,
pero tú solamente
dejas remordimientos.»

Sin embargo, no debo
turbar vuestro delirio,
yo quiero parecer ignorar siempre
los dolores, amigos.

Yo río con vosotros.
Yo os escondo la lira
si de ignorado llanto
se encuentra humedecida.

¡Y tal vez cada uno de vosotros

en su alma solitaria
ahoga bajo risas pasajeras
una larga nostalgia!

¡Ay! Nosotros sufrimos
por objetos diversos;
sufriendo todos juntos en la tierra
sufrimos en secreto.

Tú tienes solamente una paloma
á tus leyes sujeta...
Virgen, tú cifras todos tus amores
en una flor esta mañana abierta...

¿Para qué? La flor pasa
como pasa la vida;
el pájaro se aleja
cual se aleja la dicha.

Se llora avergonzado
y se sonroja uno de sus penas,
del pesar inocente de otros días,
de los recuerdos que hasta el alma llegan...

¡Como si no estuviéramos
en este triste mundo aprisionados
más que para entregarse á la alegría
y entregarse á los cantos!

Sin dejar huella alguna
¡ay! la dicha me ha huído,
mas, para retenerla,
cuanto pude se hizo...

¡Pasó aquel tiempo breve
en que la dicha brilla

y á menudo se borra
igual que una sonrisa interrumpida!

Febrero, 1821.

ODA TERCERA

AL VALLE DE CHÉRIZY

*Factus sum peregrinus... et quæ-
sivi qui simul contristaretur, et non
fuit.*

SALMO LXVIII.

Perfice gressus meos semitis tuis.

SALMO XVI.

El viajero se sienta
bajo tu inmóvil sombra, hermoso valle;
triste y solo contempla pensativo
al pájaro que huye de otro pájaro,
al águila que eleva una serpiente
y el junco que es mecido por la brisa.

¡Ay! El hombre también huye del hombre;
y antes de tiempo á veces
dentro de un corazón noble y purísimo
la desdicha penetra,
entonces, ¡qué feliz la caña humilde
que la tormenta rompe en flor pasando!

Esa tormenta, oh valle,
el viajero la implora.
Cansado de su marcha aún se halla lejos
del término anhelado de sus penas,
y ante sus pasos, para sostenerse,
á los brumosos rayos
de su fúnebre aurora
del porvenir contempla el gran desierto.

De disgusto en disgusto
va arrastrando su vida.
¿Qué le importan aquellos falsos bienes
que le envidia un orgullo también falso?
Busca un corazón fiel de sus dolores
amigo, mas inútil.
Ningún socorro ha de llenar su vía,
ningún mortal con él ha de reirse,
tampoco nadie llorará si llora.

Su suerte es el más fúnebre abandono;
su vida desolada se asemeja
al ciprés negro que en el valle crece.
Lejos de él, el lis virgen
su botón abre al día;
y jamás, alegrando
su sombra desgraciada,
una virgen sonriente y amorosa
enlaza un festón verde
á sus sombrías ramas.

Antes de encaminarse á la montaña,
el viajero ha huído
al valle un breve instante.
Al menos el silencio
á su tedio responde;
entre la multitud se encuentra solo;

aquí, agradable y dulce compañera,
la soledad encuéntrase á su lado.

Aislados como él, pero tranquilos,
flores, árboles, céspedes,
asilos sonrientes, resguardadle
de la mirada amarga de los hombres.
Entregad, arroyuelos, vuestros bordes,
abrid las ondas vuestras
á sus pies que han manchado para siempre
de las ciudades el impuro fango
y el polvo levantado en su camino.

¡Ah! Déjale cantar bajo tus sombras
en plácido consuelo,
este sueño ideal largo y hermoso
de nuestros días tristes,
la virgen de la frente dulce y pura,
de la sonrisa hermosa.
Si para el himeneo de una noche
en vano es que la llame,
deja á lo menos que su alma sueñe
el himeneo eterno de la tumba.

La tierra en nada tiene
su errante pensamiento dominado;
la esperanza le arranca
de sus tristes recuerdos;
desde aquí en adelante
su vida es dominada por dos sombras;
en lo pasado una,
otra en lo venidero.

¿Cuándo vendrás? ¿Dí, cuándo?
¿Que Dios ha de llevarte,
ser agradable y dulce,

al que tú compadeces?
¿Cuándo vas á venir, estrella amiga,
sobre sus días huérfanos y tristes
á lucir tu fulgor como un sol nuevo?

Él no puede obtenerte,
noble y santa conquista, al alto precio
de la virtud que él olvidar no puede;
él deja al junco que su frente incline
de la brisa al impulso,
será él la gran encina,
y bajo la tormenta
sabrás romperse sin doblar sus ramas.

Ella se acerca y él la ve sin miedo.
Adiós, ondas purísimas;
adiós, cunas espesas;
adiós, hermoso valle
donde uno encuentra un eco á su lamento,
bosque dichoso donde en paz se sufre.

¡Feliz aquel que puede
en el seno del valle solitario,
nacer, vivir y dar á Dios su alma
en el paterno campo!
Éste nada conoce de la tierra
y jamás ve otra cosa que los cielos.

Julio, 1821.

ODA CUARTA

A TI

Sub umbra alarum tuarum protege me

SALMO XVI

Lira que ha largo tiempo estás ociosa,
despiértanos de nuevo melodiosa
con tus dulces y santas armonías.
Saluden nuestros cantos hoy que torna
al dulce día que su nombre adorna,
este día sagrado entre los días.

¡Oh virgen! En mi infancia bella y pura
te reveló el Señor, y en mi ventura
y destino soñando con anhelo,
como una blanca estrella luminosa
que entre las nubes fúlgida reposa
ya en mi más tierna edad te vi en mi cielo.

Entonces venturoso te decía:
—¡Oh ven conmigo tú, esperanza mía,
á compartir un goce indefinido!...
Porque entonces, cuando es todo ignorado,
aun de mi existencia lo pasado
mi porvenir no había obscurecido.

Esta inclinación dulce y agradable
pronto se convirtió en llama indomable,

y yo lloraba en mi dolor aciago
el tiempo deslizado en dulce calma
en que la vida fué para mi alma
sueño infantil que mece un amor vago.

Hoy, en vez de los goces tan soñados,
ante mis ojos tristes y turbados
por la esperanza amiga y sonriente,
despertando á su víctima dormida,
con espantosa risa, se alza erguida
de la desgracia la visión doliente.

Solo, en la vida de peligros llena,
cuando en el cáliz triste de la pena
es preciso beber la hiel amarga,
el huérfano de suerte malhadada,
¿qué tiene sin los llantos de su amada
en su existencia tan febril y larga?

Si su frente con flores que se ufanan
los felices de un día se engalanan,
él se aparta tizado de ceniza,
y para él la copa de la orgía
se asemeja á la urna triste y fría
que en las tumbas la nada inmortaliza.

¡Infeliz! Como lámpara extinguida
sin alumbrar, deslízase su vida,
y el mundo se complace en desterrarlo
á su propio dolor; sólo hacia el cielo
se dirigen sus ojos con anhelo
llenos de llanto y sin poder lanzarlo.

Mas tú dame consuelo y de mi seno
arranca el dardo lleno de veneno;
ven, consiente en seguirme aquí á mi lado;

dígnate tú vivir para este hombre,
que sólo vive para darte un nombre,
¡sufrió bastante para ser amado!

¡Oh! Calme tu sonrisa mis anhelos.
El más grande y hermoso de los cielos
en el amor se encuentra todavía.
Nunca me fué la luz arrebatada
por completo, en mi noche encapotada
contemplar puedo aún la luz del día.

No apetecen mis cantos en la historia
un ilustre recuerdo, pues mi gloria
(si á este fatal honor hay que inclinarse)
no desea tu esposo que resuene
más que en la dicha que su asilo llene;
no temas, pues, que así pueda cegarse.

Del himeneo la ternura honda
gustemos; que la dicha nos esconda
del mundo bullidor y sus anhelos;
la serpiente en los campos enroscada
no oye ni distingue su mirada
dos pájaros volando por los cielos.

Mas si acaso te inspira un justo espanto
de mi existencia el dolo y el quebranto,
entonces huye, de mi amor desiste,
tú, la que fué mi esposa idolatrada;
—mas entonces aguarda mi llegada,
tú, la mujer que madre mía fuiste.

Pronto, muy pronto, en eternal reposo
iré á dormir mi sueño más dichoso
en la noche de que estaré cubierto,
si los ojos del triste pasajero

regando en mi laúd el ay postrero
lloran sobre mi asilo tan desierto.

Pero á ti que no osen á dañarte
los reveses terrenos al tocarte,
que no hayas, á tu vez bañada en llanto,
de añorar á aquel hombre que muriera
sin lanzar una queja lastimera,
¡el hombre aquel que te quería tanto!

Diciembre, 1821.

ODA QUINTA

EL MURCIÉLAGO

¿Qué me quieres? Un ángel se
cernía sobre mi corazón y tú lo
ahuyentaste... Ven, pues; te cantaré
canciones que me han enseñado los
espíritus de los cementerios.

MATHURIN.—Bertram.

Sí, yo te reconozco, yo en mis sueños
te he visto, triste pájaro;
pero en vano prolongas desiguales
sobre mí de tu vuelo tenebroso
los círculos continuos. Vete, lleva
á otra parte tus lúgubres presagios,

que yo, para retenerlos,
en nada soy culpable ni dichoso.

Espera á que la virgen
á mi suerte ligada,
que el cielo deparóme como un ángel,
de mi larga experiencia
el orgullo corone;
entonces volverás sobre mi frente
á desplegar tus alas
cual dos gasas de luto,
perturbando gozosa nuestra fiesta.

Fúnebre hermana del funesto buho
y del ávido y vil quebranta-huesos,
el acebo mezclando
con el menúfar lívido,
las hijas negras de Satán te invocan.
Aparta del abrigo que me cubre
y del aire que aliento.
Con tu asquerosa uña
no toques, no, mi lira
por miedo á que los muertos se despierten.

De noche, cuando danzan
bajo el cielo sombrío los demonios,
sigues su coro mágico
en la sombra girando.
El himno del infierno te convida
al malhechor concejo.
¡Huye! Un dulce perfume se evapora
de las flores abiertas nuevamente...
¡Huye! Tú necesitas
el aire de la tumba en que naciste
y el vaho de la sangre.

¿Quién á mí te conduce?
¿Vienes de aquellos montes
donde huye la luna
sobre blancas ruinas misteriosas?
Es, como tú, su frente
en su perpetua palidez sombría.
¿Tus ojos han seguido,
en tu carrera incierta,
de mi lejana lámpara los fuegos?
¡Así atrae la gloria á la desgracia!

¿Sabes de alguna torre
donde el vértigo habita,
ese enano cruel y valeroso
que se cierne en los montes,
que presta al fuego fatuo del pantano
su resplandor errante,
que en el aire se ríe
y que chillando inclina
las copas de los pinos,
y que al caer la tarde tenebrosa
vagando al borde del abismo inmenso
echa á los buitres que en su seno anidan
un viajero pálido?

En vano en torno mío
paseando tu vuelo
siembras hedor de tumba
y de humanos despojos;
tu aspecto me importuna solamente
y no puede espantarme.
Huye, pues, ó mañana, si no marchas,
á los ojos profanos
entregaré tu cuerpo
y tus alas diáfanas
con las que los pastores

adornan sus hogares.

Se burlarán los niños
de tu furioso diente;
una virgen curiosa
se acercará temblando
á espantar tu agonía con su risa;
y el día ha de mirarte
desterrado en el cielo
mezclado con mil pájaros alegres,
con vuelo ciego y torpe
buscar la noche en vano.

Abril, 1822.

ODA SEXTA

LA NUBE

Vago al azar, por todas partes,
con un movimiento más dulce que
la esfera de la luna.

SHAKESPEARE.

¡Oh virgen! Esta nube tan hermosa
se parece á los hombres. Retumbando
sobre nuestra cabeza,
la verás, en la esfera luminosa,
como la tempestad va amontonando

y nos devuelve en rayos, con presteza,
la luz que robó al sol en su pureza.

¡Oh! Que en su vuelo un ángel la sostenga
y con su soplo protector la aliente,
porque, cuando bajando de los cielos
hasta nosotros venga,
por el suelo esparciéndose, sus velos
serán una neblina solamente.

Para adornar la tarde enardecida
formóse esta mañana vaporosa.
El sol, fecundo en luz desconocida,
cambia en cortejo ardiente
la montaña celosa
que las nubes encumbran lentamente;
el genio todavía se agiganta
si en medio de la envidia se levanta.

La tempestad que enmudeciendo calma,
es seguida de otra prontamente.
Pocos días hermosos tiene el alma;
mas, en su cielo obscuro,
el amor, sol divino, sol potente,
puede con fuego puro
iluminar radiante
la nube de la vida siempre errante.

¡Bella virgen! Tu nube tan hermosa
se parece á los hombres. Retumbando
sobre nuestra cabeza,
la verás, en la esfera luminosa,
como la tempestad va amontonando
y nos devuelve en rayos, con presteza,
la luz que robó al sol en su pureza.

Abril, 1822.

ODA SÉPTIMA

LA PESADILLA

¡Oh! ¡He tenido un sueño!... Decir qué era un sueño excede á las facultades del hombre... Jamás el ojo del hombre vió, el oído del hombre jamás oyó, la mano del hombre jamás pudo tentar, ni sus sentidos concebir, ni su lengua expresar en palabras lo que era mi sueño.

SHAKESPEARE.

Oye: sobre mi pecho palpitante,
sobre mi ardiente frente recostada,
sus dos manos de plomo descansando
sobre mi pobre alma encadenada,

ha venido en mis sueños esta noche
la pesadilla lúgubre y maldita
enseñando mi alma á los espectros
de la noche, cual flor seca y marchita.

Este monstruo robó á los elementos
su eternamente variable forma;
así su frente azul del agua surge,
como en chispas su risa se transforma.

Sus ojos son dos rayos deslumbrantes,
sus alas son dos llamas siempre activas,

y su vuelo se cierne sobre un lago
de fuegos rojos y de luces vivas.

Como espejos impuros, las tinieblas
de su imagen reflejan los horrores
en torno suyo, y su confusa frente
se oculta entre narcóticos vapores.

Él llena el sueño de pesares vagos,
de penas hondas y de amargo espanto;
él deja el alma en un letargo agónico
y el cuerpo deja en sin igual quebranto.

¡Oh virgen! Para nada sus mentiras
te turban cuando duermes dulcemente;
la noche corre con ligero paso
sobre tu bella y sonrosada frente.

¡Jamás un sueño triste y espantoso
tu corazón siempre tranquilo amarga,
y cuando tu ala vuela como un sueño
á los cielos, un ángel te lo guarda!

Abril, 1822.

ODA OCTAVA

LA MAÑANA

¡Moriturus morituræ!

El diáfano cendal de la mañana
sobre el monte luciente se engalana;
contempla el rayo del luciente día
blanqueando la torre hoy ya ruinoso,
y mezclarse en la atmósfera radiosa
(así como la gloria á la alegría)
del día á los albores matutinos
de la selva los cantos argentinos.

Sí; sonrío al concierto exuberante
con que se adorna el cielo rutilante.
Tú verás (si mañana me devora
la tumba) un sol, como ese sol hermoso,
en tu amargo quebranto, luminoso,
brillar cual la fe brilla tras la duda,
y esas aves cantar la misma aurora
sobre mi tumba solitaria y muda.

Entonces es el alma arrebatada
á otro horizonte, á otra inmortal morada.
El porvenir sin fin abre su puerta
de par en par al ser ilimitado.
De nuestra eternidad en la mañana,

de la vida al fin uno despierta,
cual de una noche lúgubre y lejana
ó de un sueño agitado.

Abril, 1822.

ODA NOVENA

MI INFANCIA

He aquí que todo aquello pasó...
mi infancia no existe ya; ha muerto,
por decirlo así, aunque yo viva to-
davía.

SAN AGUSTÍN.—*Confesiones.*

I

Tengo sueños de guerra en mi alma inquieta;
si no fuera poeta, hubiera sido
soldado. No os extrañe que me gusten
los guerreros. A veces, sollozando,
en mi dolor recóndito,
he encontrado más bellos sus cipreses
que los laureles nuestros.

Siendo niño, mi plato
se sostuvo en el parche de una caja.
El agua santa del bautismo mío

fué sacada en un casco, y envolviéndome
en el jirón de una bandera vieja,
un anciano soldado
arregló la envoltura de mi cuna.

Entre pesados carros
y deslumbrantes armas,
una musa campestre
consigo me llevó bajo las tiendas;
mil veces mi almohada más mullida
fué la cureña de un cañón mortífero;
me gustaban los potros arrogantes
con sus flotantes crines,
y la espuela rozando
los estribos lucientes.

Me gustaban los fuertes artillados
de difícil asalto; la desnuda
espada de los jefes
que guiaban las filas uniformes,
el escucha perdido
en el bosque desierto,
y los viejos gloriosos batallones
que la ciudad cruzaban
con la bandera rota y desteñida.

Admiraba mi envidia al húsar rápido
con su intrépido pecho lleno de oro,
me gustaba el penacho blanco y puro
de los lanceros ágiles
y el dragón que en su casco confundía
el salpicado cuero de los tigres
con las oscuras crines del caballo.

Mi corta edad de entonces maldecía.
—¡Ay! ¡Crecer en la sombra,

dejando que sin queja se enfriara
toda la sangre joven
bullendo en nuestras venas,
la misma sangre que, en un gran combate,
sobre el brillante acero
de una hermosa armadura,
se vertería á rojos borbotones!—

É invocaba la guerra
de escenas espantosas,
veía en lontananza
en los ardientes llanos
con mil rumores de hombres y corceles,
sacudiendo sus alas fulminantes,
fundirse una sobre otra, á grandes gritos,
las huestes enemigas.

Yo escuchaba redobles de tambores,
el rodar de los carros
y el silbar de las balas en el aire,
y á intervalos veía cual chocaban,
sembrando su carrera
de montones de muertos,
los brillantes y fieros escuadrones.

II

Con nuestros campamentos
por la Europa rendida yo vagaba.
Así, antes que mi vida comenzase,
ya recorrí la tierra,
y, niño todavía,
los viejos recogidos me escuchaban,
contando con acento arrebatado
mis días aún tan cortos y tan llenos.

Yo pasé sin defensa
 por diez pueblos vencidos y humillados,
 y su respeto humilde y temeroso
 admiraba á mi infancia;
 en la edad en que se es compadecido,
 proteger parecía;
 cuando yo murmuraba el santo nombre
 de mi Francia entrañable,
 palidecer hacía al extranjero.

Visité aquella isla
 en despojos tristísimos fecunda,
 primer peldaño luego
 de una caída inmensa.
 El Cenís elevado,
 cuyas peñas lejanas
 las águilas remontan,
 oyó desde su antro donde rugen
 la avalancha impetuosa,
 crujir sus viejos témpanos
 bajo mis breves pasos infantiles.

De las riberas del cansado Ródano
 fui al Arno y al Adigio.
 Vi la gran Babilonia de Occidente,
 la augusta Roma, viva todavía
 en el fondo sagrado de sus tumbas,
 aun reina del mundo
 sobre el despojo de un caído trono,
 cual púrpura real hecha jirones.

Entonces vi Turín, después Florencia
 dispuesta siempre á fiestas y placeres;
 pasé después á Nápoles
 con sus dulces riberas perfumadas
 donde la primavera se eterniza,

y que el Vesubio, hecho ascuas,
 cubre con su dosel vivo y ardiente
 cual guerrero celoso de una fiesta
 que arroja entre sus flores
 su penacho sangriento.

Acogióme la España
 presa de la conquista;
 por Vergara pasé, do la tormenta
 impetuosa bramó de noche y día;
 el Escorial, de lejos
 parecióme una tumba,
 y el acueducto triple
 mi frente vió inclinarse
 ante su imperial frente.

Veía allí los fuegos
 de las grandes paradas militares
 ennegrecer los muros
 de las viejas ciudades solitarias;
 las tiendas invadían
 el umbral de la iglesia,
 y la risa feroz de los soldados
 en los altos y santos monasterios,
 repetidas mil veces
 por gigantescos ecos
 figurábanseme gritos de luto.

III

Volví de mis lejanas correrías
 con un difuso haz de inciertas luces:
 Soñaba cual si hubiera
 encontrado á mi paso

aquellas fuentes mágicas
cuyas aguas embriagan para siempre.

España me mostraba sus conventos,
sus soberbias bastillas;
Burgos su catedral, irguiendo airosa
las góticas agujas;
Irún sus pobres techos de madera,
y tú, Valladolid, tus mil palacios
contentos y orgullosos
de enmohecer cadenas
en sus patios desiertos.

Germinaban confusos mis recuerdos
en mi alma entusiasmada;
yo iba cantando versos con voz triste.
Y en secreto, mi madre,
observando mis pasos,
lloraba y sonreía,
y murmuraba oyéndome:
—¡Una hada invisible es quien le habla!

1823.

ODA DÉCIMA

A G... Y.

Orus.

VIRGILIO.

Para todo mortal, ya ilumine su vida
astro de puros rayos de la envidia apartado,
ya entre dolores siga su marcha retenida
y añorando una sombra que á su amor han robado
vele llorando junto á su luz encendida;

hay días de embriaguez, misterio y paz cubiertos
en que saboreamos involuntario encanto
y vibra el aire, lleno de inefables conciertos,
cual si en la feliz tierra oyera el alma en tanto,
por su rumor lejano la ciudad de los muertos.

A menudo, domando mis ahogados dolores,
aquí se alzó mi dicha como un castillo de hadas,
con sus torres de nácar de movibles colores,
sus torres, laberintos y sus puertas doradas,
sus frutos hechizados y sus mágicas flores.

De pronto huía todo; sobre informes ruinas
iban pálidas sombras pasando ante mis ojos;
el cielo se cubría de un crespón de neblinas,
y de espectros siniestros poblando los despojos,
dominaba una tumba cenizas mortecinas.